

## El escondido vuelo huido de las ventanas

**M**ÚLTIPLE y circular, redonda siesta entera que se enrosca como un cordel sin punta, es la Mancha un inmenso visillo que se aturde, vaci-nea, se mueve, conmueve, azárase, inconfesado y medroso gusto para el pensamiento, y atisba, presente, huele, o hasta sopesa, la sombra que construyen los terrones en el sol. Vuelan a escondidas las ventanas por esta anchura hosca de animal agazapado, mientras alrededor se calla el universo épocas y barbecheras, y limita la linde consigo misma o su silencio; cállate, corazón, no respire y mira; pues en los pueblos y villas manchegos lo que importa es ver, enredar la flor de pasión en la reja estrecha de los párpados, ojalá las cortinas de los balcones fuesen el velo del templo, el conopeo del sagrario, las enaguas de la parienta del vecino, el telón del Teatro Cervantes, las sotanejas de los monagos, la saya bajera de Virtudes, Rosario, Sacramento, la haldilla de feria del Cristo de Villajos o el miriñaque encendido de las Meninas, leche, jopelines a la mar, a las Canteras de la Virgen, a la Albería del Villalgordo, al abrevadero, chica, de la Fuente del Moco, corazón, que, cuando la siesta le agujerea a uno el cogote y el mentidero de la sala de estar con uno propio, te pueden arrear un cantarazo de no te menees ya más, requiescant in pace, amigo.

Todo el lugar es únicamente ventanas, ventanas, ventanas. Huyen, persiguiéndose unas a otras, en los pueblos manchegos, las ventanas, arrebujadas cada cual en el toquillón de siesta y enjalbiego de su particular esquina, su sitio de mira, su paredón aposta, todos los saltejos del minutero del año un golpe para la costumbre, los cerros del sobresalto, acabamos de verte parpadear, conversar con el saboreo de tu pensamiento, hermano.

Se echan por acá unas encima de otras las ventanas en un bisbeo sofocante de puertas, contrapuestas, persianas, cortinillas, el cordel umbilical que las desmadre quién lo cortará, visiones, visillos, visajes, miradores, mirones, vigías marineros, mariposas de pesadez y penumbra, o abróchate la chambrá, que sabrán dentro de un rato en el Casino de la Concordia cómo saltan tus pechos, quinceañera.

Por esta andanada de sol de los pueblos-quintería, cuando explotan por la cal los globitos de las paredes, esos inesperados y relampagueantes

sustejos para el oído de la siesta, o tiemblan los "coceros" en el campo, se echan, por lo bajines, al vuelo las ventanas. La Mancha está agujereada de ventanas, secretísimos ojos de buey redondeando la canícula, sin un vasito de mar para llevárselo a la boca, regular con la tía de la terraza ésa, padre, que seguro que no está apuntada en el padrón de acá, te lo digo por la transparencia de su hermosura, apoya tu barbilla en el horcate de mi hombro para que te dé más tiempo a trasegar la sequía, qué par de cántaros forasteros los suyos, la madre que le endomingó la calentura, que aquí ni fiestas nos concede el fisgoneo, o se nos escapan las piqueras por entre el arco de las cejas, coño.

**E**N los pueblos y aldeas manchegos mirase lo mismo que te escuece un disparo, pero con sordina, leche. Quien, por un casual de la necesidad, cruza solitario a sus asuntos, vaya con echarse al sol crujiente a estas horas, vergüenza le tenía que dar, nota vívido y terrible un trallazo en la nuca, una corriente eléctrica desvistiéndole el desasimiento del esqueleto, dejándole en puriticos cueros el adentro total de uno, la de ventaneo constante que te tienes que echar a las espaldas, Pozos de la Guindalera arriba, Mindola, meneando como vas la anchura inabarcable de tus caderas desde la Madre de Dios hasta el Cerro Lobero, hija.

Los pueblos manchegos son decididamente pornográficos, con perdón, vaya, porque ésto, dése cuenta usted, señor, de que sin más, le entre asma al rabete de la boina del hermano Celirino, no es asunto de la calle, tan sólo, ni mucho menos, comadre, sino del ventanerío y de los adentros. La pornografía no está en la desnudez de la piel sino en los ojos. Ventanas, ventanas y ventanas, o ese erotismo de leche recién ordeñada que se pudiera cortar como el silencio, y que sube, por la Esquina de la Chorrilla arriba, como el traqueteo terrible de la especie, entre un rumor bizco de visajes, visiones, nudos de cuerdas de persianas y el pestajeo del personal que, de sonar, se oiría agigantado, vivo resuello a todo volumen, como las correderas mismas del comercio: de Higinio, de la alparguetería de las Guapas, la

tienda de Serrano, el puesto de pipas de la Santa Negra, la peluquería de Aurio, la pescadería del Gato, la Buena Estrella... Si se descarriaran ahora mismo un poquitín las esquilas del ganado, se desconchaban de pronto las tapias todas de la Mancha, tensas como están con el entretenimiento de la retina, que dijérase, niña-mor, que las ventanas se comunican, se pasan la corriente de la sangre, se trasvasan, se arriman o jugaran a las "hartesillas", mirar sobre mirar, que nos tulle, joder, como un remolque de melones pesas, y se nos va a ladear la Cruz de Santa Ana, una siesta hogañeo, cuando se nos grapa más el bochorno en el cerebro y relumbran tanto las trébedes en el fraile de la cocinilla.

Por acá no hay beso en la boca, agraz como la uva o maduro como un membrillo, que se no lo sorba con embudo el vecindario detrás de los visillos, o méate, caporal, frente al rejerío cuando vuelvas de tenturrear a la parienta; y no llame usted, arcediano, arcipreste, a la portada de las Herminias que, al atardecer, en el corro del chismorreo y el zurcido azul del solano, todo el barrio sabrá qué planes le traían por aquí, que nos va usted a desheredarnos de los cielos por obligarnos a pensar mal, Santa Tecla ruega por nosotros.

Ah, el escondido vuelo huido de las ventanas manchegas, bajo la sombra tasada y breve, de los aleros, en el retorcimiento ése, antiguo y primitivo, de las conciencias y las callejas, por donde la seguridad y la hipocresía se parapetan, o se abre de piernas el verano, madre y regüelda la canícula, se distorsiona el pegaos y las campanadas de visperas resbálanse, cálidas, profundas, por el escote de la hija del pregonero, o cabría en la bragueta de su padre la imaginación completa de la villa, el tambor del tonto del lugar y hasta los "galgos" que le hacíamos de chicos, por las Charcas, a la Hermandad entera de los Cardadores, hija, Soledad, Purita, que el mirar y el ver, apostados aquí en el payete glorioso de los ojos, estos chorros para el placer que se comerá la tierra, te salpican en el mandil, consuegra, tanta cultura, tanta hermosísima alcahuetaría que de balde, ea, nos regalan los descastados y frescales que se echan, descuidados, perfectos, diana para el parpadeo de la tribu, al sol compacto de la calle y de la siesta, o de mármol los tendríamos que tener.

Valentín ARTEAGA